

IV

LA VELADA

Pocas cosas hay tan agradables como la cocina de una gran casa de labranza en la hora de la cena, y sobre todo si es en invierno: nada da tan perfecta idea de la calma y del bienestar de la vida rústica.

La cocina de la granja de Bouqueval era una demostración de lo que hemos dicho. Su inmenso hogar de seis pies de alto y ocho de ancho, parecía la boca de un horno inmenso: en el negro suelo ardía una gran hoguera de haya y de encina, que esparcía luz y calor en toda la estancia, de modo que la lámpara colgada del techo en la mitad de ella era absolutamente superflua. Brillaban limpias como el oro las marmitas y cazuelas de cobre; veíase una antigua tinaja del mismo metal, que pudiera servir de espejo, al lado de una arca de nogal barnizada, que exalaba el apetitosísimo olor del pan caliente. Una mesa larga, maciza y cubierta con un mantel de grueso y limpiísimo lino, ocupaba el centro de la estancia: el sitio de cada comensal estaba indicado por el plato de loza oscura por fuera, y blanca por dentro, y por el cubierto de hierro tan lustroso como la plata. En medio de la mesa humeaba una grandísima sopera llena de potaje cuyo vapor envolvía un plato de berza con jamón, y una fuente no menos grande de guisado de carne con patatas. Un cuarto de ternera asada, dos ensaladas de invierno, dos cestitos que contenían manzanas y dos quesos, completaban aquella abundante comida. Estaban además á disposición de los comensales, tres ó cuatro cántaros de barro llenos de espumosa cerveza hecha en la granja, y otros tantos panes morenos, que parecían por su tamaño ruedas de molino.

Un viejo perro de ganado, de color negro y casi desdentado, benemérito decano de toda la perrería de la granja, debía á sus muchos años y distinguidos servicios el de acercarse á la lumbre, privilegio de que usaba con mucha discreción permaneciendo quieto con el hocico tendido sobre las manos, y siguiendo con los ojos todos los movimientos de los que preparaban la cena. Este perro se llamaba Lisandro, nombre un si es no es bucólico.

El trato que se daba ordinariamente á los despendientes de esta quinta, aunque sencillo, parecerá acaso algo suntuoso; pero la señora Adela siguiendo en esto la voluntad de Rodolfo, introducía todas las mejoras posibles en la asistencia y manutención de sus criados, elegidos exclusivamente en las familias más honradas y laboriosas del país. Como se les remuneraba con largueza y su situación era en verdad envidiable, todos los mejores labradores del país deseaban perte-

necer al servicio de la quinta de Bouqueval; saludable ambición que sostenía entre ellos una emulación digna que refluía en provecho de sus dueños; porque para obtener colocación en esta quinta se examinaban los antecedentes de conducta personal... Rodolfo vino á crear de este modo una especie de *quinta modelo*, no sólo destinada al mejoramiento del ganado y de la agricultura, sino también con el objeto especial de mejorar la *condición de los hombres*; lo que consiguió ofreciéndoles estímulo para que fuesen probos, activos é inteligentes.

Terminados los preparativos de la cena y puesto ya sobre la mesa el jarro de vino que debía acompañar á *los postres*, la cocinera tocó la campana, y entraron en la cocina los labradores, los criados de la quinta, las lecheras y demás mozas de servicio, en número de unas quince ó veinte personas. El semblante de los hombres era franco y viril, las mujeres eran afables y robustas, y las muchachas garbosas y alegres: todos ellos manifestando la mayor tranquilidad y satisfacción de sí mismos; sentáronse á la mesa, para hacer los honores á la cena que habían ganado en los rudos trabajos del día.

Ocupó la cabecera un labrador anciano y de aspecto franco, verdadero tipo del campesino de entendimiento sano, y de esos hombres firmes, rectos, é inteligentes que recuerdan los de la antigua Galia. El tío Chatelán, que así se llamaba este Nestor, había vivido en la quinta desde su infancia, y estaba entonces encargado de la dirección de la labranza. Cuando Rodolfo compró la quinta, fuéle debidamente recomendado este antiguo servidor, y el príncipe lo recomendó también á la señora Adela y lo invistió de una especie de superintendencia en los trabajos del cultivo. El tío Chatelán ejercía por tanto sobre las personas de la quinta el ascendiente debido á su edad, á su saber y á su larga experiencia.

Pusiéronse todos á la mesa.

Después de haber dicho el *Benedicite* el tío Chatelán en alta voz, hizo la señal de la cruz con la punta de un cuchillo, según una antigua y santa costumbre, sobre uno de los panes, y corto luego el pedazo que debía representar *la parte de la Virgen* ó del pobre; llenó en seguida un vaso de vino bajo la misma invocación, y después de haber puesto en un plato el vaso y el pedazo de pan, los colocó en el centro de la mesa. Ladraron en aquel instante los perros, y el viejo Lisandro les respondió con un gruñido sordo, dejando ver dos ó tres relucientes colmillos.

— Alguien anda en el zaguán — dijo el tío Chatelán.

Apenas dijo estas palabras, cuando se oyó sonar la campanilla de la puerta principal.

— ¿Quién será á estas horas? — dijo el anciano labrador — todos están ya en casa... Anda á ver quien es, Juanillo.

Éste que era uno de los muchachos al servicio de la quinta, vació con harto sentimiento en el plato una enorme cucharada de sopa caliente, á la cual

soplaba con los carrillos hinchados como un Eolo, y salió de la cocina.

— Hacía mucho tiempo que la señora Adela y la señorita María no habían dejado de venir un solo día á calentarse al fuego mientras cenábamos — dijo el



Sentáronse á la mesa pára hacer los honores á la cena.

tío Chatelán ; — tengo buena hambre, pero á la verdad no me entrará tan bien la cena como si lasuviésemos aquí.

— La señora ha subido al cuarto de la señorita María, porque al volver de la

rectoral, la señorita se sintió algo indispuesta y se fué á la cama — respondió Claudia, la robusta moza que había ido á buscar á la Cantaora y había desconcertado sin saberlo los siniestros planes de la Lechuza.

— Pero es cosa de cuidado... está algo indispuesta no más... ; habla Claudia ! — dijo con inquietud el buen anciano.

— ¡ No por cierto, tío Chatelán, gracias á Dios ! — repuso Claudia. — La señora ha dicho que no era cosa de cuidado, pues de lo contrario ya hubiera enviado á París por el señor David, aquel médico negro que tan bien ha cuidado á la señorita María cuando estuvo enferma. Un médico negro... ; qué cosa tan rara ! ; Dios me libre de verlo á mi cabecera !... ; Jesús, que cara ! Siquiera un médico blanco vaya con Dios... al fin es un cristiano.

— ¿ Y no ha curado por ventura á la señorita María, que estaba tan mala cuando vino aquí ?

— Eso es verdad, tío Chatelán.

— ¿ Y entonces ?...

— ¡ Entonces qué sé yo ! Un médico negro siempre tiene aquello de ser negro, y á mí me da miedo.

— ¿ Y no ha curado también á la pobre tía Anica, que tenía una llaga en la pierna y hacía tres años que no podía menearse ?

— Es verdad, tío Chatelán.

— ¿ Y entonces á que vienen esos ascos ?

— Eso sí, pero bien considerado, un médico negro... tan negro como la chimenea...

— Dime, muchacha, ¿ de qué color es tu vaca la *Saltarina* ?

— Blanca, tío Chatelán, blanca como la nieve, y muy lechera, tanto que pocas hay en el contorno que le ganen.

— ¿ Y tu vaca *Marica* ?

— Negra como un cuervo, tío Chatelán ; y muy lechera también, no se le puede negar.

— ¿ Y de qué color es la leche de tu vaca negra ?

— ¡ Vaya una pregunta ! ¿ de qué color ha de ser, tío Chatelán ? blanca como la nieve... ¿ eso que duda tiene ?

— ¿ Con que blanca, aunque la vaca es negra ?

— Que sí, que sí, tío Chatelán ; ¿ qué tiene que ver con la leche que la vaca sea blanca, roja ó negra ?

— ¡ Con que el color de la vaca no importa nada !

— Nada absolutamente.

— Pues bien. ¿ Entonces por qué no quieres que un médico negro sea tan bueno como un médico blanco ?

— ¡ Toma ! dijo la moza después de pensar un poco ; yo lo decía por la piel ;